

NEOLIBERALISMO COMO NECROPOLÍTICA ZOMBI

ESPACIO ABIERTO

XAVIER BRITO-ALVARADO - lx.brito@uta.edu.ec
Carrera de Comunicación, Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales,
Universidad Técnica de Ambato. Ecuador

JOSÉ CAPITO ÁLVAREZ - jcapito@umet.edu.ec
Universidad Metropolitana. Ecuador

FECHA DE RECEPCIÓN: 4-5-2020

FECHA DE ACEPTACIÓN: 5-6-2020

Resumen

Las condiciones socioeconómicas que atraviesa la mayoría de la población mundial han sido propiciadas por la implementación de políticas neoliberales, que han conducido a que los sujetos vivan en un mundo desbocado, con trabajos y salarios mínimos para sobrevivir. En este panorama se consolidan nuevas miradas críticas que aportan formas de reflexión del mundo como es el caso de la necropolítica, un concepto más cercano a las condiciones particulares de los países llamados en “vías de desarrollo”. La figura del zombi se ha convertido en una metáfora para estos tiempos, para describir aquellos sujetos devenidos en cosas, que al igual que el zombi actúan de forma de irracional, que consume sin cesar cuando pueden, aunque no necesitan nada.

Este ensayo explora desde la mirada de las ciencias sociales el cambio de paradigma de la biopolítica y biopoder a la necropolítica, dentro de un sistema neoliberal. Para esto se ha adoptado una escritura basada en aportes de autores como: Marina Gržinić y Šefik Tatlić, 2014; Achille Mbembe, 2011; Sayak Valencia, 2010; Clara Valverde, 2016. Hoy el capitalismo neoliberal funciona como empresa zombi que devora todo lo que encuentra, destruyendo la naturaleza y las sociedades.

Palabras clave: zombis, neoliberalismo, necropolítica, estado de excepción.

NEOLIBERALISM AS A ZOMBIE NECROPOLITIC

Abstract:

The socioeconomic conditions that the majority of the world's population is going through have been fostered by the implementation of neoliberal policies, which have led to the subject living in a runaway world, with jobs and minimum wages to survive. In this panorama, new critical views are consolidated that provide forms of reflection on the world, such as necropolitics, a concept closer to the particular conditions of the so-called “developing” countries. The figure of the zombie has be-

come a metaphor for times, to describe those subjects turned into things, who, like the zombie, act irrationally, who consume incessantly when they can, although they do not need anything.

This essay explores from the perspective of the social sciences the paradigm shift from biopolitics and biopower to necropolitics, within a neoliberal system. For this, a writing based on contributions from authors such as: Marina Gržinić and Šefik Tatlić, 2014; Achille Mbembe, 2011; Sayak Valencia, 2010; Clara Valverde, 2016. Today neoliberal capitalism functions as a zombie company that devours everything it finds, destroying nature and societies.

Key words: zombies, neoliberalism, necropolitics, state of exception.

1. Introducción: el zombi como objeto social

La figura del zombi, y las múltiples estrategias de representación simbólica con las que invaden los imaginarios contemporáneos, pueden ser entendidos como metáforas que permiten interpretar diversas situaciones históricas, sociológicas y políticas, por ejemplo: la construcción de subjetividades, la postcolonialidad, el hiperconsumo, el psicoanálisis, la cultura popular, y la teoría literaria. El Zombi en particular, y los monstruos, en general, pueden ser pensados como figuras que combinan “lo imposible y lo prohibido” como lo ha descrito Michel Foucault (2007) o como una representación que demarca los límites entre “lo real y lo imaginario” en términos advertidos por Donna Haraway (2019).

El zombi simboliza una ruptura fundamental de la normalidad social, construida y legitimada desde la estructura de los discursos de poder, es “el monstruo presentado como una alteración respecto a la norma de lo humano, es una figura que pone en tensión los regímenes de inteligibilidad epistémica y política de los cuerpos normalizados” (Platzeck y Torrano, 2016: 244).

Lo zombi constituye una figura sofisticada que responde a la construcción de representaciones sociales de lo otro, a los marginados y excluidos de los sistemas políticos, económicos, sociales y simbólicos. Foucault en el curso “Seguridad, territorio, población” conceptualizó el concepto de biopoder¹, describió el carácter de la monstruosidad como la aplicación de regímenes de normalización impuestos por el poder sobre la población para controlar y manipular a los sujetos y sus vidas.

¹Curso en el Collège de France (1977-1978).

Para Foucault a partir del siglo XVIII se implementó un sistema disciplinario destinado a la normalización de la vida de los sujetos, no con el objetivo de lograr la obediencia, ni bajo la búsqueda de imponer un régimen estrictamente represivo; sino, y, sobre todo, anclado a la necesidad de instituir un sistema productivo, en el que los sujetos se entiendan y auto instituyan su presencia al sistema, de sumisión.

Lo zombi, en su búsqueda por escapar de los discursos de normalidad, enuncia un discurso de manipulación y control del comportamiento “normal” de los sujetos. Este monstruo constituye una

figura alegórica de la edad moderna que actúan con sus cuerpos rostros y mentes sobre conflictos que rasgan nuestro tejido social. El público que se introduce en una historia sobre monstruos no está horrorizado por la alteridad de la criatura, sino por su extraño parecido con nosotros mismos (Newitz, 2006: 17).

El zombi para Zara Zimbardo (2015), es el único monstruo producido y modelado en el “Nuevo Mundo”, que se visibilizó en el cine sin contar con una amplia tradición literaria, a diferencia de otros monstruos como: Drácula o el Hombre lobo que forman parte de la mitología contemporánea. Las leyendas de los zombis adquirieron el sentido, forma y dimensión actual a partir de la ocupación militar estadounidense en Haití (1915–1934), las historias de los marines se enfocaron en el trabajo forzado al que sometieron a los haitianos para construir sus infraestructuras militares.

En sus inicios, el zombi logró representar al monstruo perfecto que podía crear temor en la población blanca estadounidense respecto a una posible invasión de haitianos y, sobre todo, perpetuar material y simbólicamente, una sublevación cultural y política del pueblo afroamericano tendiente a provocar un remezón social que desestabilizaría la estructura de control político de la época. De esta manera, el zombi se ha constituido como parte de la colonialidad americana.

Estas ideas que se posicionaron en torno a lo zombi visualizaban como posibilidad de una “zombificación” de la sociedad capitalista; trabajadores autómatas reducidos a bestias de carga, objetos de intercambio, meros cuerpos mecánicos

para el consumo del tiempo de trabajo, controlado y administrado desde una visión totalmente “patronal”.

Para las audiencias estadounidenses, las películas de zombis consolidaron un otro mágico, expresado en un trabajador zombificado que proyecta un espejo monstruoso que deja ver la pérdida de autonomía y libertad en el seno del hogar; encarnando a la masa, representándola como mano de obra mecanizada y proponiendo peones reducidos a peones que cuentan con fuerza más allá de la normalidad. Todo esto dio lugar a este aterrador personaje (Zimbardo, 2015: s/d).

Lo espeluznante de lo zombi no se encuentra en el hecho de que se trate de un monstruo sobrenatural, el miedo que infunde no nace en su condición de alteridad respecto de lo humano, sino a la capacidad con la que cuenta para demostrar el parentesco que tiene con el “nosotros”, sintetizado en la idea de Julia Kristeva que insinúa un “yo que no soy yo”. En este sentido, si las primeras películas dibujaron zombis atados al esclavismo y trazaron un debate social; en la actualidad, pone en debate las crisis del capitalismo y la tecnología; además, la figura del cadáver, carente de movimiento, ha sido sustituida por la del infectado que cuenta con movimiento, pero se a la vez ha sido privado del habla.

Desde una perspectiva científicista moderna, la producción cinematográfica ubica a los zombis en una lógica de la anormalidad biológica y anatómica resultante, posiblemente, de un experimento fallido; por tanto, estos entes, producidos por un desatino científico, permiten disolver el límite que distingue lo natural de lo artificial.

La imagen de lo zombi puede ser leída de manera ambivalente: de un lado, como una figura de resistencia, en tanto permite subvertir la relación clásica hegeliana entre amo y esclavo, a partir de la anulación del “deseo” planteado por Hegel en esta relación dialéctica, toda vez que el zombi ha sido desprovisto de toda capacidad deseante, habilitando, de esta manera, la posibilidad de encargar la responsabilidad de trabajar (en la búsqueda de mecanismos para la supervivencia) sobre el amo y no en el esclavo a partir de las diversas ritualidades que se deben diseñar para garantizar la prolongación de la vida humana; o, de otro lado, al

contrario la insinuación de la gran fantasía de un esclavo supremo, carente de todo tipo de expresión de voluntad propia y autónoma, vaciado de pensamiento y habla.

El zombi, monstruo cuyo origen nos remite a esta coyuntura biopolítica propia del poder colonial, da cuerpo a resistencias y fantasías de dominación que desde la cultura cuestionan modos de producción y explotación que trazan una línea entre quienes deben morir y quienes deben vivir (Platzcek y Torrano, 2016: 235).

Para Hegel, la relación dialéctica entre el maestro y sus esclavos se basa en la necesidad de reconocimiento y autoconciencia, que debe ocurrir en ambos lados. Para Franz Fanon la distinción entre la dialéctica hegeliana y una dialéctica real sobre la relación maestro/esclavo permite pensar la relación del zombi contemporáneo. Para la dialéctica hegeliana hay una reciprocidad absoluta que debe ser enfatizada, es en el grado en que voy más allá de mi propio ser inmediato, aprendo de la existencia del otro como una realidad natural. Esta reciprocidad para Fanon parte de la falta en la relación de la vida real entre un amo y un esclavo, “el amo se ríe de la conciencia del esclavo. Lo que quiere del esclavo no es reconocimiento sino trabajo” (Fanon, 2009: 220-221).

256

De hecho, el zombi representa el sueño imperialista definitivo: un trabajador esclavo, reducido a una cosa, sin aspiraciones y sin amenazas sin vida. Otra de las críticas más potentes sobre la condición de la esclavitud es la de Aimé Césaire que ubica a esta como el resultado de la explotación del proletariado, dentro de la barbarie poscolonial, y los zombis constituyen la máxima manifestación de la clase trabajadora subordinada.

Los zombis no solo están subordinados por su falta de voluntad y autonomía; también carecen de habla, estas características llevan a lo que Gayatri Spivak (2003) ha denominado como “¿Puede hablar el subalterno?”, donde detalla la subordinación social de la jerarquía colonial, específicamente de India, entre las características que propone Spivak:

1. Grupos extranjeros dominantes
2. Grupos indígenas dominantes

3. Grupos indígenas dominantes a nivel regional y local

En la crítica de Spivak, los esclavos y las mujeres constituyen un nivel social por debajo del grupo más bajo, creando un quinto nivel que está doblemente subordinado. Este grupo es ignorado y marginado no solo por la clase extranjera dominante (blanca), sino por la propia población nativa.

Para Bishop (2010) películas como “White Zombie”² y “I Walked with a Zombie”³, se observa que las criaturas sin sentido, los zombis, constituyen un sexto nivel, la clase “sub-subalterna”, por debajo de toda, inclusive de los esclavos vivos.

Esta subordinación se da, entre otras razones, (1) el maestro no tiene responsabilidades hacia un grupo de autómatas que requieren poca comida, sin pago y sin tiempo libre, y (2) los zombis no tienen voz, ni opiniones, ni conciencia, no hay capacidad de organización. Por tanto, el zombi cuenta con una potente capacidad para contravenir el orden social establecido y es capaz de convertirse en un “alter ego” del nosotros, “sintetiza el tabú y el deseo, los límites y su transgresión, son repulsivos y fascinantes a la vez” (Izaola y Zubero, 2015: 122). En términos de Julia Kristeva (1993), el zombi encaja en su visión de monstruo que “no respeta bordes, posiciones ni reglas, disturba al orden, sistema e identidad” (p. 4).

257

El zombi se convierte también en un salvaje que cumple la función de definir sentidos de tiempo y espacio, que permite entender la interacción social, a partir de la diferenciación y distinción con los otros, adquiriendo la dimensión de modelos respecto a la discusión moral, estética y científica que instituye y legitima lo que es normal y anormal. “[...] un hombre salvaje que, fuese como etapa de sufrimiento y penitencia o como realidad monstruosa, proporcionaba a la sociedad un modelo anormal, por decirlo así, de comportamiento” (Bartra, 1996: 291).

El zombi propone una representación exotizada de lo salvaje y bárbaro,

²Película estadounidense de 1932, una de las primeras películas de zombis, dirigida y producida por los hermanos Victor y Edward Halperin.

³De 1943, película dirigida por Jacques Tourneur.

caracterizándolo con la incapacidad e imposibilidad de comprender los límites sociales; por tanto, rompe los sentidos de que intervienen en los rituales de interacción social. Umberto Eco (2007) manifestó que la cotidianidad se encuentra plagada de figuras que aterrorizan nuestras vidas, y que su presencia reorienta el sentido de la vida humana en función de la capacidad, con que cuentan estas imágenes, para gestionar los miedos sociales. Asimismo, Kathryn Brammall (1996) afirma que la producción de este tipo de imágenes, metafóricamente, se refieren a representaciones de la insatisfacción de Dios respecto al reprochable y vergonzante comportamiento de los humanos en el mundo.

El zombi, a decir de Jesús Palacios (2010), constituye la figura que representa los miedos existentes en las sociedades contemporáneas. Fundamentalmente, la lógica de este tipo de miedos no se refiere a las imágenes que los configuran; sino, y gracias a una potente y silenciosa operación discursiva, al acto de resucitar; es preciso no perder de vista que el discurso en torno a la vida eterna y la resurrección ha sido reservado por la supremacía de la institucionalidad y la fe religiosa.

258

En este escenario, el concepto de necropolítica aparece como una alternativa a la reflexión social como un nuevo régimen de gobierno sumergida en la política gubernamental de muchos países, que son empujados por las políticas del neoliberalismo al promover determinadas políticas de la muerte, como: la xenofobia, la explotación laboral, de la naturaleza, y la aplicación de medidas económicas enfocadas al cumplimiento de pagos de deuda externa en detrimento de los ciudadanos más pobres.

2. Capitalismo zombi

Con el advenimiento y consolidación de la Modernidad, el discurso literario, en el plano de lo imaginario, y la ciencia médica, en el plano de lo tangible, buscaron disputar el discurso de la prolongación de la vida o revivir un cuerpo mediante procesos criogénicos; o, la aspiración de Mary Shelley con Frankenstein en 1818. Hay que recordar que las producciones literarias, según Stuart Hall (1996), forman una “identidad cultural”, una especie de revelación sobre nuestra verdadera

historia e identidad.

En un apocalipsis zombi, surge la pregunta ¿Cómo distinguimos entre un amigo humano y un enemigo zombi? Un humano representa un sujeto potencial que posee un simbolismo social, impregnado de una racionalidad; los segundos carecen de subjetividad, de una racionalidad. Los zombis al carecer de racionalidad toman ventajas sobre los humanos, esta ventaja paradójicamente recae sobre la capacidad que se reconocen, desarrollando un sentido olfativo, un retorno a la animalidad. Los zombis confían en sí los humanos no confían en los otros, en la sociedad se consolida una sospecha sobre todos. En este sentido, los zombis saben y actúan, mientras que los humanos dudan y decide.

La situación se complica más dado que los zombis al no tener que razonar actúan sin pensar, no miden los límites esto aumenta la ventaja frente a los humanos que contrariamente deben luchar con su psiquis, la angustia y la toma de decisiones, en este sentido el apocalipsis zombi es una forma de representar la razón del neoliberalismo como lucha por la supervivencia.

Los sujetos en el capitalismo presentan un consumo casi irracional, son una especie de zombis que persiguen marcas para poder sentir que se encuentran en un estado libidinal, insaciables que inundan los centros comerciales, como si fueran templos de adoración, es la figura que se asemeja al panóptico de Jeremías Bentham, en tanto operan como lugares de control disciplinario. De manera similar que una pandemia zombi, los consumidores se multiplican rápidamente. George Romero, en la película “Dawn of the Dead” (1978), ya denunció como el hiperconsumo ha producido una serie de disputas entre la explotación de la naturaleza y la sociedad del consumo, estas batallas siguen siendo un tema de debate teórico social sobre las sociedades cada vez más volcadas a la satisfacción de mercancías, que a la protección del planeta.

La fascinación contemporánea por un apocalipsis zombi comenzó en los albores del nuevo milenio, concretamente en 2008, en el apogeo de la crisis económica del capitalismo mundial, incluso la revista Time calificó al zombi como “el monstruo oficial de la recesión”.

Para Paul Krugman, premio Nobel de Economía 2008, esta figura permite describir las situaciones económicas que son definidas como “ideas que deberían estar muertas hace mucho tiempo” y que representan a un imperio que se encuentra en decadencia política, moral y económica. Las películas contemporáneas de zombies visibilizan un “capitalismo de desastre” o una estructura del shock, en términos de Naomi Klein.

De esta manera, “el resurgimiento del zombi en el imaginario sociocultural contemporáneo ha corrido paralelo a la crisis económico-financiera que, desde hace ya unos años, asola medio mundo” (Díaz y Meloni, 2017: 67).

La figura de lo no-muertos representan los efectos del capitalismo contemporáneo, denominado postcapitalismo financiero, que convierte a los seres humanos en sujetos enajenados e insertos en el sistema de consumo.

Las narraciones zombies, en los últimos años, han permitido describir a las empresas endeudadas y en quiebra, que son incapaces de funcionar adecuadamente, es decir, no desaparecen, no son rentables y no mueren completamente, “viven” bajo una lógica zombi, que afecta por igual a las poblaciones de todo el mundo.

Por capitalismo zombi se puede entender al conjunto de violencias simbólicas que ejercen las empresas para mantenerse activas a pesar de encontrarse en situación de sobreendeudamiento.

Estas empresas siguen las lógicas impuestas por el neoliberalismo y usan las vísceras dejadas por las corporaciones empresariales rentables. El capitalismo zombi se encuentra muy ligado a lo que Sayak Valencia (2010) denomina “capitalismo gore”, categoría que hace referencia a una transvaloración de los valores y prácticas que ocurren en territorios fronterizos, este capitalismo forma parte del proceso de globalización, el capitalismo gore se nutre de las muertes, violencias y descuartizamientos de cuerpos de obreros.

Producto de las polarizaciones económicas, el bombardeo informativo/publicitario que crea y afianza la identidad hiperconsumista y su

contraparte: la cada vez más escasa población con poder adquisitivo que satisfaga el deseo de consumo. Se crea de esta manera subjetividades capitalista radicales que hemos denominado *sujetos endriagos* y nuevas figuras discursivas que conforman una *episteme de la violencia* y reconfiguran el concepto de trabajo a través de un agenciamiento perverso, que se afianza ahora en la comercialización necropolítica del asesinato, evidenciando las distopías que traen consigo el cumplimiento *avant la lettre* de los pactos con el neoliberalismo (Valencia, 2010: 19).

Desde finales de la década de los noventa, la economía y el cine zombi se coquetearon sutilmente hasta llegar a formar una unión estable. Muchas de las producciones cinematográficas se han enfocado en críticas al sistema de producción y comercialización de las corporaciones y, de manera particular, a las que se dedican a la investigación biotecnológica.

Las empresas zombis pueden ser definidas como aquellas entidades que poseen un elevado nivel deficitario o una situación insolvente que les dificulta atender a los acreedores, y que, en el marco de una economía regulada colapsarían. Sin embargo, siguen operando gracias a las inyecciones monetarias de los gobiernos, préstamos bancarios privados o por la clemencia de los acreedores.

El proceso de conversión de empresas saludables a zombis inicia cuando los acreedores reclaman el dinero prestado y para cubrir estas deficiencias acuden a nuevos préstamos, tanto a los Estados, donde tiene registrado su domicilio, como a bancos privados nacionales o internacionales. Desde una visión ética y moral, deberían desaparecer vía de la declaración de quiebra o insolvencia, esto para precautelar el correcto desenvolvimiento del sistema financiero.

Por ejemplo, en la década de 1990, Japón tuvo muchas empresas que dependían de altos créditos para mantenerse en el mercado financiero, sin ser rentables ni productivas, solo alimentándose de créditos públicos y privados. Estas empresas son una consecuencia de la crisis económica que siguió a la “Global Financial Crisis” de 2008.

A medida que las empresas, los gobiernos y la gente común encontraban

dificultades para pagar sus deudas, muchas de ellas impagables, negociaban el refinanciamiento bajo esquemas financieros muy bajos. Esta situación permitió entender la crisis desde la óptica de los zombies para referirse, especialmente, a los bancos estadounidenses y europeos más débiles; de igual manera, a los gobiernos que probablemente nunca serán solventes y, sin embargo, seguirán funcionando.

En el capitalismo zombi las empresas solo pueden pagar sus deudas generando otros créditos, es decir, no se puede escapar al sistema financiero, no pueden morir ni vivir económicamente libres. Por tanto, existe una deuda que no morirá, que no se puede pagar; una absorción casi total al mercado financiero mundial.

El capitalismo zombi se convierte en una tecnología de poder, es un instrumento económico y político que domina a los sujetos, dejando de lado el poder estatal y colocando en su lugar a los intereses corporativos como el elemento más importante de la economía.

Este capitalismo persigue un debilitamiento del Estado, con ello, la gobernabilidad tiende a desaparecer por medio de una forma jurídica que precautela el bienestar de las empresas y no el de los ciudadanos “porque la ley define formas de intervenciones generales que excluyen medidas concretas, individuales, excepcionales, y porque la participación de los gobernados en la elaboración de la ley, en un sistema parlamentario, constituye el sistema más eficaz de economía gubernamental” (Foucault, 2007: 120).

El neoliberalismo no puede ser encasillado solo como una teoría económica, pero tampoco solo como un proyecto de clase argumentado por David Harvey, o en lo que planteo Foucault en la gubernamentalidad, también puede ser reflexionado como un discurso proveniente de la idea de sacrificio social, los sujetos deben asumir las consecuencias de los errores del neoliberalismo. Los sacrificios neoliberales pueden ser entendido desde una mirada de la “fabricación de deudas, es decir, la construcción y el desarrollo de la relación de poder entre acreedores y deudores, se ha pensado y programado como el núcleo estratégico de las políticas neoliberales” (Lazzarato, 2013: 30). En este capitalismo los sujetos con el afán de obtener más rentabilidad financiera, incluso, renuncia a la protección del Estado.

Por tanto, “trabajar para empresas como si trabajaran para ellos mismos, aboliendo de este modo todo sentido de alienación e incluso cualquier distancia entre los individuales y las empresas que los emplean” (Laval y Dardot, 2014: 167).

El capitalismo zombi se sostiene en las siguientes lógicas: trabajo desregulado, desterritorialización de la producción, decodificación de los flujos financieros a escala global sustentada en los discursos neoliberales y, finalmente, tecnologización de la circulación monetaria y de la información.

Toda esto conlleva a que los sujetos se conviertan en entes pasivos, incapaces de articular crítica ni reflexión frente al sistema neoliberal, que “convierte a los sujetos en consumistas, que viven dentro de una esfera mercantil motivada por una cultura creada por los “nuevos dirigentes mundiales, los empresarios” (Valencia, 2010: 32).

De esta manera, el consumo devenido hiperconsumo, debilita a los Estados-Nación, desplazando, no solo el control económico político, sino delineando las nuevas subjetividades por medio de “una cultura de la tecnología, los mass media, el networking, la publicidad y el consumo a todos los confines de la tierra; creando deseos consumistas incluso en aquellos lugares donde difícilmente podrán ser satisfechos por la vía legal; fortaleciendo la emergencia y el afianzamiento del Mercado como la Nueva Nación que nos une” (Valencia, 2010: 33). Las empresas zombis parecen haber creado un Estado paralelo, en el que sus propias reglas y técnicas dictan las nuevas maneras de vivir.

El capitalismo gore, al mantener el poder y el privilegio sobre las riquezas, construye una serie de mecanismos para poder perpetuarse e imponer discursos para que los individuos obedezcan ciegamente las leyes y las normas impuestas por el capitalismo.

Esto permite que cualquier actividad que realicen los grupos de poder sea admitida como beneficioso para la población, aunque esto afecte a los derechos sociales y de la naturaleza.

De esta manera, y de forma directa, las grandes “corporaciones aumentan sus

beneficios desorbitados mediante el incumplimiento de las leyes (no pagar impuestos, corrupción, explotación del medio ambiente) o de crear sus propias leyes [...] que, entre otras cosas, acelerará la mercantilización de los bienes públicos como la sanidad” (Valverde, 2016: 15).

Si algo caracteriza al mundo contemporáneo, es la velocidad con la que crecen las desigualdades económicas, el libre acceso a la privatización de los sistemas de salubridad, la apertura de la educación como un negocio más, la destrucción de la naturaleza, la explotación de los medios de información, entre otros factores que pueden generar un escenario apocalíptico, evidenciando que el neoliberalismo ha creado una necropolítica, en la que la vida de los “privilegiados”, los dueños de las corporaciones sus empleados y cualquier sujeto devenido en consumidor, es incompatible con los excluidos de este sistema. Como afirma Adela Cortina (2017) vivimos en un estado permanente de “aporofobia: no se rechaza al extranjero, sino al pobre” (18).

Esta situación deja al desnudo que algunos gobernantes actúan de acuerdo con una lógica *manager*. No hacen políticas públicas, sino negociaciones a favor de los grandes intereses corporativos, ofertando la mercantilización de la vida de los sujetos, dejando de lado la posibilidad de generar un estado de bienestar, para priorizar un estado mercantil, violando todo derecho humano. En el neoliberalismo

[...] existen otros muchos ejemplos de esta vulneración extrema, que van desde el ámbito de lo público y laboral hasta lo más íntimo: la destrucción tajante de los cuerpos a través de su uso predatorio, de su incorporación al mercado neoliberal desregulando como una mercancía más (Valencia, 2010: 140).

3. Necropolítica zombi

El concepto de necropolítica parte de teóricos de la “periferia epistémica” especialmente de África, América Latina, y Europa del Este entre ellos: Marina Gržinić, y Šefik Tatlić, 2014; Achille Mbembe, 2011; Sayak Valencia, 2010; Clara Valverde, 2016.

Es una postura crítica a los conceptos de biopolítica y biopoder que no son suficientes para reflexionar y explicar las formas del poder aplicada en países donde la violencia estatal y el crimen organizado regula la vida de la población, aunque también se debería hacer un alcance a dos factores más: las multinacionales que explotan los recursos naturales y humanos y los organismos de crédito internacional que subyagan los derechos humanos de los ciudadanos, especialmente, en estos países. Por tanto, la necropolítica ya no representa la idea de la regulación de la vida, como lo planteaba el biopoder, sino el dominio sobre la muerte.

El concepto la necropolítica tiene un origen en el concepto de biopolítica, de esta asume ciertos postulados sobre los dispositivos, técnicas, discursos, y estrategias de dominación sobre los sujetos, sin embargo, estos postulados resultan insuficientes en los países de la periferia, dado a su complejidad social, económica y política que son diferentes a los países ricos, por ejemplo, en salud los dispositivos de poder y control son muy diferentes en Estados Unidos a los de Ecuador. “No se trata de decir que biopoder y necropoder se contrapongan, sino que es necesario situar los fines de cada uno regulación de la vida y de la muerte” (Estévez, 2018: 18-19).

265

Se debe a Mbembe este concepto, que tiene su origen luego del 11 de septiembre de 2001, y que se constituye en una reflexión a la lógica del accionar político en nociones como: la guerra, la construcción de enemigo y la creación de nuevas formas de terror en las poblaciones.

La necropolítica permite problematizar las lógicas políticas contemporáneas, donde se entrecruzan la violencia, el derecho, la excepción y la soberanía. Es decir, la necropolítica conjuga elementos discursos necesarios para el control de la población a partir de la construcción de: en los discursos de la guerra, el enemigo y el terror para la justificación de la excepción como única alternativa para el retorno a una “normalidad” social.

De este modo, este concepto forma parte de los dispositivos y tecnologías de violencias, destinadas a legitimar las acciones contra los otros, los marginados y

excluidos del sistema neoliberal.

Un eje central en la necropolítica es que la violencia deje de ser un monopolio de los Estados, y pase a grupos paramilitares que ejercen dominio sobre poblaciones donde los Estados no llegan, y así controlar su accionar para que los recursos y la explotación de las personas y de la naturaleza sea para su beneficio.

Para Mbembe el concepto de biopolítica no puede abarcar las explicaciones sobre la vida de millones de sujetos sometidos a condiciones de explotación laboral, marginalidad estatal y violencia armada que socaba cualquier condición de vida, de acuerdo con Mbembe no solo se subordina África, sino que se ha traspasado a los países pobres donde el Estado es incapaz de brindar mínima seguridad y garantías de vida a sus ciudadanos.

La proliferación de armas y la existencia de mundos de muerte –lugares donde la gente se encuentra tan marginada que en realidad vive como muerto viviente– son un indicador de que existe una política de la muerte (necropolítica) en lugar de una política de la vida (biopolítica) como la entiende Foucault (Mbembe, 2011: 33).

266

Para que la necropolítica se despliegue debe existir el estado de excepción tal como lo propone Agamben que justifique la implementación de medidas políticas que permiten al poder soberano eliminar a los sujetos que para sus intereses son innecesarios.

El Estado de excepción apela a la construcción de un enemigo al que hay que destruir. “Para Mbembe el esclavismo y el colonialismo en África y en Palestina han sido el producto de la política de la vida, aunque estas tragedias humanas de la modernidad han sido ignoradas en las lecturas históricas del biopoder” (Estévez, 2018: 19).

Para Gržinić, las diferencias entre biopolítica y necropolítica se enmarcan en que la biopolítica controla la vida con el fin de garantizar un estilo de vida, la necropolítica deja de lado a la regulación de la vida: salud, educación, para controlar, usar y capitalizar las formas de muerte gracias al despliegue de una

maquinaria de guerra.

El cambio de la biopolítica a la necropolítica implica pensar que la muerte para aquellos sujetos desposeídos se da en doble vía, la primera una muerte en lo económico, educativo, y de salubridad, la segunda es una muerte simbólica donde el capital se apropia de cualquier alternativa de vida. De ahí, la necropolítica es un concepto nacido en países con alto nivel de convulsión social, pero que en cualquier momento puede trasladarse a los países llamados ricos. “En estos países la necropolítica que se invisibiliza y esconden, como el desmantelamiento de la política social para ciudadanos y la explotación, deportación y marginación de migrantes del segundo y tercer mundo en el espacio de Schengen” (Estévez, 2018: 21).

Esta situación cosifica a los sujetos a fin de que no piensen, que asuman las necropolíticas neoliberales como algo bueno, por tanto, los sujetos dejan de tener un criterio propio y no cuestionan a los gobernantes. Lo que para Agamben no es una excepción de las leyes, sino que se convierte en una normalidad.

La necropolítica se pone en práctica por medio de cálculos de intereses corporativos, la vida ha dejado de ser parte de una racionalidad, las ecuaciones financieras se orientan a controlar, modificar y cosificar a los sujetos, esto logra que la vida de los excluidos del neoliberalismo sea entendida como un problema en el contexto del Mercado.

La narrativa de los gobernantes neoliberales y de su producción mediática, tienen como objetivo despolitizar (es decir, vaciar de contenido político los problemas sociales y mostrarlos como problemas individuales) para hacer creer que los problemas socioeconómicos son el resultado de la mala suerte y de la responsabilidad individual, por lo que se vuelve necesario, como sugiere (Valverde, 2016), “autoayudarse” para solucionarlos (comprar seguros privados, mantener una actitud positiva).

La necropolítica evoca una forma biopolítica de control, como argumenta Achille Mbembe (2011), el control y el poder sobre la población reposa en la capacidad

para decidir quién vive y quién muere, así se establece el límite de la legalidad que, en este caso, es el neoliberalismo.

En las sociedades sin gobierno, las leyes imperantes crean las corporaciones como lo representan las películas “Fido” (2006) las sagas de “Resident Evil” (2002). Sin embargo, detrás de la historia de horror de zombis genéticamente creados, se esconde un discurso mercantil que busca vender productos, como se puede ver en introducción a la saga “Resident Evil”:

nueve de cada diez hogares utilizan sus productos, su influencia política y económica se percibe en todas partes”. Posteriormente, uno de los personajes explica que “las corporaciones como Umbrella creen estar por encima de la ley, pero no es así, somos cientos de miles los que opinamos lo mismo en todo el mundo (Ferrero y Roas, 2011: 11).

Estas películas identifican a los sujetos que trabajan para las corporaciones como bienes desechables, intercambiables, han perdido su condición humana, reducidos a mano de obra intelectual, anuncio de un capitalismo transnacional que contempla al dinero y al poder como valor principal.

La película “Fido” de Andrew Currie (2006), muestra a la corporación Zomcon, que posee la tecnología adecuada para brindar la protección que necesitan los humanos, mediante la domesticación de los zombis. Ambientada en los años cincuenta, recrea diversas situaciones que deben enfrentar los humanos que reciben, como en la educación militar, la mano de obra gratis de los zombis.

Por tanto, la sublevación para cambiar el mundo no se dirigirá contra los políticos (que tampoco aparecen, posiblemente por su irrelevancia), sino contra la empresa. En “Fido”, a diferencia de otras películas, no se busca eliminar zombis de masivamente, se emplea como mano de obra esclava, gracias a un collar inventado por Zomcon que anula su deseo de comer carne y permite que trabajen al servicio de los humanos, realizando diversas tareas, tales como: jardinería, servicio doméstico, reparto, mudanzas y frecuentemente se los trata de manera degradante, “bien como mascotas (el protagonista es atado a una cadena por las noches en el jardín), bien como electrodomésticos – cuantos más se tiene, mayor se

considera la posición social de la familia poseedora, en consonancia con la filosofía de la época del “Keeping up with the Joneses”–, como ocurría con los esclavos, a quienes Aristóteles clasificó de meros “instrumentum vocale” herramientas con voz (Ferrero y Roas, 2011: 12).

Este tipo de películas se enfocan en representar mecanismo que permiten la explotación y utilización de los zombies, a partir de una racionalización económica, que convierte a los muertos en fuentes de recursos laborables inagotables o como objeto de experimentos científicos.

De manera similar, la crítica a la división de clases sociales forma parte del contenido de este tipo de cintas,

sólo los que poseen el dinero suficiente pueden pagarse un entierro, que incluye el desmembramiento del cuerpo y un ataúd separado para la cabeza para que el cadáver no pueda resucitar. Los ciudadanos pobres que no puedan permitirse el gasto seguirán siendo explotados una vez muertos (Ferrero y Roas, 2011: 12).

La muerte, de esta manera, se convierte en un operador de la injusticia social, al igual que en el caso de los primeros zombies haitianos, poseer dinero marca la diferencia entre morir libre o morir para ser esclavo; los poderosos pueden morir, pero los pobres y miserables son condenados a una eternidad deservicio y esclavitud.

Paradójicamente, lo que en un principio indicaba que cualquier persona podía convertirse en zombi, sin importar su origen socioeconómico, étnico o de género, pierde su validez.

En el apocalipsis zombi la economía capitalista había desaparecido, no existía ni el intercambio de mercancías ni el papel moneda. No había privilegiados, todos padecían de igual forma la furia asesina del zombi, por lo que el espectador podía sentirse identificado con cualquiera de los supervivientes según el carácter con el que se le representaba (Ferrero y Roas, 2011: 13).

La horda zombi podría cumplir una de las imágenes de Marx, crear una sociedad más igualitaria, en la que el deseo de sobrevivir permitiría que los sujetos se

ayuden y cooperen, el individualísimo, poco a poco, desaparece y la búsqueda del bienestar de todos prevalece.

De otro lado, los zombis actúan en conjunto, no tienen un líder específico al que deban seguir, al no tener jerarquías los zombis son anónimos, es la masas la que se impone. Por ello, el miedo se extendería a todos los estratos sociales, como se puede ver en las películas de George A. Romero, donde se evidencia una resistencia de los sujetos, a ser devorados por zombis, resistencia que funciona como una metáfora al neoliberalismo.

Hoy el neoliberalismo justifica una muerte social, se necesita de los excluidos para sustentar sus discursos, ya no es una cuestión de matar, sino dejar que vivan atados a su pobreza y marginación, son la mano de obra “esclava” para poder nutrir al sistema de producción de mercaderías que serán adquiridas por los que viven seducidos por la promesa del neoliberalismo.

4. El estado de excepción, la excusa de cambio político

Los debates sociales en torno a los procesos de globalización, en gran medida, se han convertido en una especie de vertedero putrefacto de las condiciones humanas, ocasionado por la implementación de políticas de exclusión social emitidas desde la visión del Estado moderno.

Estas políticas se complementan con la idea de vivir bajo una constante amenaza, sospechosa de poder lograr la destrucción del orden político establecido, que ha conducido a un estado en el que todos los actos humanos se consideran criminales; es decir, los actos de los otros: migrantes, jóvenes, no cristianos, serían excluidos de sistema neoliberal y, sobre ellos, se ejercerían los controles de vida y la política. Giorgio Agamben (2006), denuncia en “Homo sacer I, El poder soberano y la nuda vida”, que los dispositivos jurídicos capturan la vida de estos sujetos. Por tanto, para Agamben, el mejor control poblacional es la democracia.

El poder democrático implica que es necesario invisibilizar una serie de acciones que buscan encubrir determinadas violaciones de los derechos humanos; para ello, el poder soberano recrea las maneras con que ejerce su soberanía y la

instrumentalización de tipo mesiánico con la que actúa y que funcionan como una máquina bipolar mediante algún mecanismo sacrificial, con la finalidad de mantener un vacío legal que permita consolidar sociedades ingobernables.

De esta manera, Agamben plantea que la idea de progreso occidental se encuentra llena de expresiones de violencia y procesos de exclusión, dos condiciones que permiten y garantizarían el despliegue de un aparataje político para la eliminación de los sujetos “indeseables” para el proyecto neoliberal. Este conjunto de acciones para lograr la eliminación no se orienta solamente a la vida biológica; también se enfoca en la destrucción del sistema cultural, a partir de procesos que buscan de-subjetivar a las personas, anulando su capacidad de poseer voluntad propia.

La introducción del neoliberalismo en el ámbito de las Ciencias Sociales es relativamente nueva, pese a que empezó a tomar forma desde la década de los setenta, pero su consolidación y legitimación en el mundo se dio a partir de los noventa. Por tanto, el neoliberalismo cobra interés para las Ciencias Sociales en los contextos políticos de finales de los años noventa. No obstante, como política se ejecuta desde la década de los setenta, mientras su concepto circulaba, como promesa, desde los años veinte del siglo pasado.

Como debate político y académico, emerge después de la caída del muro de Berlín (1989), cuando el capitalismo se había consolidado como la única ideología dominante, incluso Francis Fukuyama había planteado su tesis respecto al “Fin de la historia”. El neoliberalismo, de esta manera, posibilitó que la globalización se instaure, imponiendo y recetando un régimen comercial, legitimándola, también, políticamente. Para Stuart Hall (2011) el concepto neoliberalismo es confuso, no se limita a la política o economía, se extiende a toda actividad humana.

Por ello, el neoliberalismo articula un discurso hegemónico, un proceso en permanente transformación, nunca permanece estático y se adapta muy bien a las condiciones históricas y sociales. Para Peck (2012), el neoliberalismo es polimórfico, muy complejo como fenómeno político y social, no se articula de la misma manera en Ecuador o en Estados Unidos, es una especie de hibridación que actúa en cualquier proyecto de Estado. Su propuesta de gobernanza, al igual que un

virus cambia y se camufla en los discursos sociales; por tanto, ha sido capaz de convivir con el comunismo chino, las políticas asistenciales, el libre mercado y el proteccionismo industrial.

El neoliberalismo no gobierna, pero domina al mundo, haciendo funcionar a los gobiernos y sujetos como zombis, sus discursos provienen de intelectuales sin liderazgo político o social que se han legitimado al interior de las élites económicas y académicas de los países ricos y pobres y, desde estas plataformas han logrado estructurar, dictar ideas y lineamiento respecto a la salvación de la economía mundial.

Peck (2012) plantea que el neoliberalismo piensa en los sujetos como zombis que están muertos del cuello para arriba. Es la función mental la que muere, el resto del cuerpo sigue moviéndose y provocando daño. En tal sentido, el neoliberalismo parece estar quebrado en lo moral e intelectual; pero, continúa moviéndose libremente.

Por eso es que los llamo zombis, sus miembros siguen moviéndose y se reaniman por alguna forma de memoria muscular tecnocrática que conduce a la preservación de las elites tecnócratas. Hay incluso ciertas explosiones de violencia social, como si los zombis atacaran los problemas de la sociedad” (Peck, 2012: 16).

272

La metáfora del neoliberalismo como zombis se da por las diversas formas repetitivas de accionar, si los zombis deambulan sin rumbo fijo y solo se detiene para atacar a los vivos y devorarlos, el neoliberalismo propone lo mismo: privatización, achicamiento del Estado, importancia de las fuerzas del mercado, entre otros discursos.

Esta dominancia de zombis se ve reforzada por condiciones globales de sobreacumulación, austeridad pública, endeudamiento, búsqueda de crecimiento y la competencia con las políticas proteccionistas. Es un ambiente donde los zombis pueden florecer, donde los argumentos neoliberales tienen mucha atracción, como por ejemplo cuando se indica que: “hay que reducir el Estado porque no podemos darles bienestar a nuestros ciudadanos; hay que competir a nivel global”. Estas

condiciones muestran que los conceptos neoliberales están ganando (Peck, 2012: 17).

Situación que conlleva a que las personas ya de-subjetivadas, se desenvuelvan en una reducida “nuda vida”, una esfera biológica mecanizada en la que han dejado de sentir, pensar y se han omitido las competencias del lenguaje como características fundamentalmente humanas; es decir, el neoliberalismo funciona como una tecnología del poder.

Las que determinan las conductas de los individuos, lo someten a un determinado tipo de finalidades o de dominaciones, y consisten en una objetivación del sujeto, y las tecnologías del yo, que permiten a los individuos efectuar por cuenta propia o ajena un cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta o cualquier otra forma de ser, obteniendo de esta forma un cierto estado de felicidad, sabiduría o inmortalidad (Foucault, 1990: 48).

Si existe una característica que puede definir a las actuales democracias y totalitarismos, es que cada vez se visibilizan sus intrincadas complicidades políticas para lograr el ejercicio del poder estatal mediante la implementación de discursos y políticas, para lograr la dominación de la población; así, el poder que recae en el “soberano es aquel que decide sobre el valor y el disvalor de la vida en tanto que tal” (Agamben, 2006: 180).

Este soberano, que condensa todo el poder, emplea la nuda vida como mecanismo de transición de una soberanía antigua, divina, hacia una moderna, sostenida en la idea de soberanía del Estado-nación.

No es posible comprender el desarrollo ni la vocación “nacional” y biopolítica del Estado moderno en los siglos XIX y XX, si se olvida que a su base no está el hombre como sujeto libre y consciente, sino, sobre todo, su nuda vida, el simple nacimiento que, en el paso del súbdito al ciudadano, es investida como tal con el principio de la soberanía (Agamben, 2006: 163).

Al igual que Dios, el soberano tiene la facultad de decretar un estado de excepción, a partir del cual, puede decidir arbitrariamente quien vive y quien muere; por ello,

el estado de excepción propicia el derecho de matar o torturar a cualquier sujeto, interrumpiendo el goce de cualquier derecho individual o colectivo.

En este escenario, los sobrevivientes se convierten en vidas desnudas, la fragilidad y exposición a la muerte son sus mayores características; por ello, todo lo que queda de sociedad favorece esta nuda vida. El concepto de nuda vida propuesto por Agamben, retomado de Walter Benjamin, plantea: “su significado no era el de castigar la infracción jurídica, sino el de establecer el nuevo derecho. Pues en el ejercicio del poder de vida y muerte el derecho se confirma más que en cualquier otro acto jurídico” (Benjamin, 2010: 164).

Matar es un mecanismo para implantar un nuevo orden y, por ende, establecer una consecución de principios sociales para que la sociedad pueda reconstituirse, den algún parámetro de legalidad.

La guerra zombi conlleva un nuevo orden social caracterizado por la mutua desconfianza y sospecha de todos hacia todos. En este punto, cualquier proyecto propiciado por la modernidad queda congelado mientras se encuentre vigente el estado de excepción.

274

El estado de excepción es una forma jurídica que opera bajo la suspensión del orden social establecido, una medida provisional y de carácter extraordinario, convertido en una regla ordinaria y común de los gobiernos. Para Agamben (2006) el estado de excepción es:

[Una] tierra de nadie entre el derecho público y el hecho político, y entre el orden jurídico y la vida [...] si los procedimientos excepcionales son fruto de los períodos de crisis política y, como tales, han de ser comprendidos no en el terreno jurídico sino en el político-constitucional, acaban por encontrarse en la situación paradójica de procedimientos jurídicos que no pueden comprenderse en el ámbito del derecho mientras que el estado de excepción se presenta como la forma legal de lo que no puede tener forma legal (pp. 9-10).

De igual manera, Agamben sostiene que la humanidad asiste a una paradoja jurídica, que comprende vivir en medio de una “guerra civil legal continúa”,

cualquier acto que amenace la estabilidad de los gobiernos es suficiente para declarar un estado de excepción, en el que cada sujeto se convierte en sospechoso de atentar contra el régimen oficial impuesto. Un apocalipsis zombi sirve para cuestionar las cualidades y virtudes de ser humano, permite explorar las condiciones de mayor tenebrosidad que pueden desplegar los seres humanos. “Los zombis se cuentan por millares y caminan hacinados hacia un mismo objetivo: satisfacer sus instintos más primarios de forma colectiva sin respetar los vínculos emocionales y las normas sociales” (Pantoja, 2017: 44).

En este sentido, los zombis encarnarían una “vida nuda”, en la visión de Agamben (2006); o, podrían adquirir la condición de “ciudadanos desnudos”, a decir de Appadurai (2013), quedan desprovistos de sus derechos, no son ciudadanos, se ubican en una línea borrosa en la que desaparece la ley, las normas jurídicas desaparecen. Lejos de una idea fantasiosa esta “vida nuda” o de los “ciudadanos desnudos”, la ley desaparece realmente para “los migrantes irregulares, refugiados, prisioneros de guerra, y quienes viven en condiciones de trabajos forzados [...]” (Pantoja, 2017: 44).

275

5. Cierre

Sin duda, asistimos a un mundo inestable y caótico donde el caos, las amenazas (ambientales, políticas y económicas) son las marcas distintivas de esta época. La mayoría de las personas con trabajos precarios, sin condiciones de salubridad, la educación reducida y colocada como un gasto innecesario, el hambre y las violencias forman parte de escenario cotidiano del mundo.

Este escenario es propicio para una economía que ha dejado de ser neoliberal, en muchos aspectos, y se ha constituido en una economía necropolítica, que vive a costa del sufrimiento y la muerte de las personas, no solamente por un trabajo, sino con la explotación de la mano de obra como de la intelectualidad, que ha provocado que los sujetos estén “prisioneros” tanto del tanto como del consumo de mercancías producidos por ellos mismos.

Situación que ha sido matizado por discursos enfocados en la libertad individual y

la felicidad perpetua mediado por el consumismo que, incluso, ha construido sus templos como son los centros comerciales, para conseguir este “mundo individual” los sujetos no deben pensar y asumir que todo lo propuesto por la economía necropolítica es por su bien, perdiendo el sentido de la crítica y reflexión del pensar y de la acción. Lo que ha desembocado no solo en una economía zombi que vive de los sujetos y de las ayudas financieras y legales de los Estados para sobrevivir, sin importar las condiciones sociales.

En los últimos años, han aparecido una serie de empresas endeudadas y en quiebra, incapaces de funcionar, pero no desaparecen, no son rentables y no mueren, “viven” bajo una lógica zombi. Este tipo de empresas zombis pueden ser entendidas desde las violencias simbólicas que ejercen para mantenerse activas y que siguen las lógicas impuestas por el neoliberalismo y usan las vísceras dejadas por las corporaciones empresariales rentables.

Hoy la economía neoliberal actúa como un zombi, un cuerpo descompuesto, pero que camina, sus dictámenes en países pobres se convierten en obligatorios, sin importar las situaciones sociales de las personas, lo que importa es que mantengan a cualquier costo el modelo neoliberal. El zombi como alegoría a la necropolítica dentro del neoliberalismo funciona bajo la idea de que poder radica en poder matar, o excluir, a los sujetos que se resisten a vivir dentro de un sistema explotador, con ello se legitima una muerte socializada.

¿Cómo se cita este artículo?

BRITO-ALVARADO X., CAPITO ALVARADO, J. (2020). Neoliberalismo como necropolítica zombi. *Argumentos: revista de crítica social*, 22, 252-279. Recuperado de: [link]

Bibliografía

Agamben, G. (2006a). *La comunidad que viene*. Valencia: Pre-Textos.

Agamben, G. (2006b). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

- Appadurai, A. (2013) *Condition de l'homme global*. Paris: Payot.
- Bartra, R. (1996). *El salvaje en el espejo*. Barcelona: Destino.
- Benjamin, W. (2010). *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Bishop, K. (2010). Dead Man Still Walking: Explaining the Zombie Renaissance, *Journal of Popular Film and Television*, (37), 16-25. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/298898650_Dead_Man_Still_Walking_Explaining_the_Zombie_Renaissance
- Brammall, K. (1996). Monstrous Metamorphosis: Nature, Morality, and the Rhetoric of Monstrosity in Tudor England. *The Sixteenth Century Journal*. (27), 3-21. Recuperado de <https://exeter.rl.talis.com/items/1F8F70A2-B5AB-247E-C0B6-69910D867E8B.html>
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia, rechazo al pobre*. Barcelona: Paidós.
- Díaz, J, y Meloni, C. (2017). *Abecedario zombi*. Madrid: El Salmón Contracorriente.
- Eco, U. (2007). *Historia de la fealdad*. Buenos Aires: Lumen.
- Estévez, A. (2018). Biopolítica y necropolítica: ¿constitutivos u opuestos? *Revista Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad* (73), 9-29. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1665-05652018000300009&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- Ferrero, A y Roas, S. (2011), El 'zombi' como metáfora (contra) cultural, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales Jurídicas*, (32), 1-24. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/38076>
- Foucault, M. (2007). *Los Anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós
- Gržinić, M. y Tatlić, S. (2014). *Necropolitics, Racialization, and Global Capitalism*.

Historicization of Biopolitics and Forensics of Politics, Art, and Life. Lanham: Lexington Books.

Hall, S. (2011). The neoliberal revolution. *Soundings*, (48), 9–25. Recuperado de https://www.lwbooks.co.uk/sites/default/files/s48_02hall.pdf

Hall, S. (2006) Estudios culturales: dos paradigmas. *Revista colombiana de sociología* (27), 233-254.

Haraway, D (2019). *Las promesas de los monstruos*. Barcelona: Holobionte Ediciones.

Izaola, A. y Zubero, I. (2015). La cuestión del otro: forasteros, extranjeros, extraños y monstruos. *Papers Revista de sociología*. (100), 105-129. Recuperado de <https://papers.uab.cat/article/view/v100-n1-izaola-zubero>

Kristeva, J. (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra.

Kilpatrick, N. (2010). *The Vampire Stories*. New York: Mosaic Press.

Laval, C, y Dardot, P. (2014). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.

Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu: Buenos Aires.

Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.

Newitz, A. (2006). *Pretend We're Dead: Capitalist Monsters in American Pop Culture*. Durham: Duke University Press.

Palacios, J. (2010). *La plaga de los zombis y otras historias de muertos vivientes*. Madrid: Valdemar & Gótica.

Pantoja, A. (2017). Tiempo de zombis: la realidad de los muertos vivientes en la ficción cinematográfica. En Urraco, M. y García M. (Eds.), *Mundos Z. Sociologías del género zombi*. Madrid: Los libros de la Catarata, 31-51.

Peck, J. (2012). Neoliberalismo y crisis actual. *Documentos y Aportes en Administración Pública y Gestión Estatal*. (19), 7-27. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3375/337530223001.pdf>

Platzeck, J, Torrano A. (2016). Zombis y ciborgs: La potencia del cuerpo (des)compuesto. *Outra travessia* (22), 233-254. Recuperado de <https://periodicos.ufsc.br/index.php/Outra/article/viewFile/2176-8552.2016n22p235/pdf>

Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, (39), 297-364. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/1050/105018181010.pdf>

Valencia, S. (2010). *Capitalismo Gore*. Barcelona: Melusina.

Valverde, C. (2016). *De la necropolítica neoliberal, a la empatía radical. Violencia discreta, cuerpos excluidos y repolitización*. Madrid: Icaria.

Zimbardo, Z. (2015). It is Easier to Imagine the Zombie Apocalypse than to Imagine the End of Capitalism. In Lee, R. y Huff, M. *Project Censored*. New York: Seven Stories Press, pp. 269-292. Recuperado de <http://tetrazolelover.at.ua/Unsorted/It Is Easier To Imagine The Zombie Apoca.pdf>

279